

Normas para no estar

Pipo Hernández Rivero (Gran Canaria, España 1966)

11 de septiembre – 16 de octubre

Desde hace varios años el artista Pipo Hernández Rivero viene desarrollando proyectos instalativos en los que los cuadros de paisaje son advertidos como elementos dominantes. Estos cuadros manufacturados de forma muy exigente por el propio autor ofrecen paisajes de una sorda estampa solitaria. Se trata de imágenes de enclaves inexistentes pintadas con nula vocación filo-botánica y sin representación animal o humana alguna. Sin más narrativa que la ausencia de "narrativa". Estos paisajes han sido concebidos como ecos espectrales. Carentes de la fascinación y expectativas de la apasionada tradición paisajística que encontró su cénit en la crisis romántica del siglo XIX. Así la concibe el artista, como pintura extemporánea. Es decir, ejercicios pictóricos que en sí mismos no pretenden operar como un todo autónomo, como una opción crítica y autosuficiente admisible en el debate sobre el presente y el futuro de la pintura contemporánea. Paradójicamente, supone todo un factor que fundamenta la radical preocupación de Hernández Rivero por la pintura. Una inquietud de orden ontológico en la que planea sobre todo la pregunta por su obsolescencia. Ese interés le lleva a investigar el ejercicio pictórico en su rol de "ente" en contexto. Somete tales pinturas a la esfera de la complejidad contextual, con un enfoque (textual diría Derrida) sensible tanto a su inevitabilidad como a lo que advierte.

En el caso de la Instalación *Normas para no estar* el artista "mapea" con tacos de plástico amplias áreas de las paredes en las que cuelgan los cuadros y la totalidad de las pinturas mismas. Juega a normalizar ambas superficies igualándolas mediante una distribución reglada de dichos tacos. En algunos de estos van instalados pequeños percheros metálicos que van a cumplir el papel de enganches, de asideros.

Esos percheros están ahí con una clara intención: servirán para colgar accesorios. Los visitantes que lo deseen podrán hacer uso de ellos dejando sus bolsos, abrigos o cualquier complemento del

que deseen desprenderse para visitar cómodamente las dos exposiciones presentadas en la galería Nueveochenta.

Por supuesto, esta iniciativa, en principio trivial, es voluntaria. Los objetos, circunstancialmente colgados y descolgados en los asideros, jugarán un papel metafórico. Un ejercicio de simbolismo de lo banal que invita a ejercer una especie de fetiches de la presencia accidental, que supone toda idea de existencia. Colgarlos y descolgarlos de forma pragmática actúa en principio como un ritual de paso irrelevante. Inicio y clausura de la experiencia de ida y vuelta que supone el paseo por las exposiciones. Pero ofrecen una larga acción alegórica de múltiples lecturas, muchas en secreto paralelismo con la idea nietzscheana del "Eterno retorno".

Es intención del artista que las perchas estén a disposición de los visitantes mientras dure toda la exposición.

Pipo Hernández Rivero